

CAPÍTULO II

DE LA FIRMEZA DEL CARÁCTER. — LO QUE PUEDE
DESARROLLARLA

I

Los principios. — La primera educación

No basta que un carácter sea digno, es preciso que sepa conservarse digno. Si ese resorte que lo levanta, flaquea á cada presión exterior, ó tiende por sí mismo á doblegarse bajo la acción del tiempo, ¿qué importa ese primer movimiento, ese arranque espontáneo que la debilidad ó la inconstancia rebajan ó destruyen? Es preciso, pues, ocuparse en dar consistencia al carácter para que sea siempre lo que debe ser, y una de las preocupaciones necesarias de los padres y maestros es contribuir á ello en la medida de sus fuerzas. Sin duda alguna hay naturalezas que no es fácil fortificar contra los desfallecimientos, y hay otras que sería difícil prevenir contra las exageraciones que

comprometen la fuerza; pero si no todas están igualmente dotadas, todas sí son susceptibles de mejoramiento' ó desarrollo, lo cual es la obra propia de la educación.

Así como no se pide al horticultor más que sacar el mejor partido posible de las semillas ó plantas de que dispone; así á los maestros se les pide únicamente que no dejen perecer ninguno de los gérmenes, ninguno de los elementos que concurren á la firmeza del carácter; y como la Providencia no rehusa nunca de una manera absoluta los dones necesarios, aun cuando algunas veces los concede con mucha parsimonia, se sigue de ahí que siempre hay algo que desarrollar. Bastará quizá buscar atenta y pacientemente ese embrión casi imperceptible; habrá por el contrario mucho que destrozar en los tupidos ramajes que todo lo invaden; pero esta es propiamente, lo repetimos, la obra de la educación; y sobre todo el caso de acordarse con La Bruyere, que: « si algunos hombres no progresan en el bien tanto como pudiera desearse, es por el vicio de su primera educación. »

Distingamos ante todo cuidadosamente la firmeza, sea de la violencia, sea de la obstinación. La firmeza es la perseverancia animosa y calculada de aquel que ha reflexionado y haya resuelto. Para éste, según el pensamiento del mismo La Bruyere,

« los accidentes, aun mortales, son un inconveniente, pero no un obstáculo. » Va á su fin sencillamente porque el deber le impone que vaya y camina sin titubear y sin fanfarronadas. La violencia es la explosión de aquel que no es ya dueño de sí mismo en presencia de los obstáculos que quiere superar. La obstinación es por el contrario la concentración absoluta de todas las facultades en aquel que no ve ni oye nada, ni quiere ver ni oír nada, por satisfacer un capricho aun á costa de la justicia ó del sentido común. Esto en cuanto al fondo; en cuanto á la forma, la voluntad puede manifestarse modestamente ó con arrogancia, con dulzura ó con dureza. Compréndese sin trabajo, que por una parte, la forma no debe echar á perder el fondo, y por la otra que no es en la obstinación ni en la violencia donde debemos buscar la firmeza. No hay hombre más débil que el hombre expuesto á las reacciones que se siguen á la ira; no hay peor abuso de la fuerza que el que consiste en ponerla al servicio de un capricho absurdo. La moderación, ya sea en las ideas, ya en la manera de sostenerlas, es la mejor señal y la garantía más segura de la firmeza.

Cuando se trata de desarrollar la firmeza por medio de la educación, como cuando se trata de otra cualidad cualquiera, la primera responsabilidad está en los padres. Sobre todo en la edad

temprana, se comprende por qué se manifiestan los caprichos absurdos de que hemos hablado, y también, aunque con más rareza, la pusilanimidad.

Creemos que por notables que sean las obstinaciones de un niño, no pueden oponerse á la firme resolución de una persona de mayor edad. Si ésta (y no es mucho exigir) tiene suficiente sangre fría y paciencia para dejar al niño desquitar toda su ira, por medio de ese estruendoso ejercicio vocal con el que manifiesta su descontento, y que pronto le fatigará; si le deja enfurruñarse en el aislamiento sin aparentar preocuparse, tendrá razón, porque en suma y sin hablar de otra cosa, las horas son más largas para el niño que para el hombre formado. Lo esencial es cansarlo, y nos parece que en general esto es muy fácil, por poco que se abstenga uno de impresiones ridículas de sensibilidad ó de impaciencia.

Es además indispensable recordar que estos caprichos, que algunas veces ponen la paciencia de los padres ó de los maestros á dura prueba, pueden no ser después de todo, más que la exageración ó el empleo inoportuno de una cualidad preciosa: la perseverancia.

Sin duda alguna es difícil, y aun desagradable, tener que contener excesos; pero si no hubiese en un carácter ningún fondo de energía de voluntad en el que pudieseis trabajar, os encontraríais en

presencia, no de una dificultad ó de una contrariedad, sino de una imposibilidad, porque no se edifica en el vacío, ¿cuál es pues preferible?

Así, pues, no os espantéis, no os afectéis vivamente porque vuestro hijo ó alumno sea caprichoso, esto prueba que será capaz de esfuerzos y de constancia; los buenos sentimientos y las intenciones honradas que hayáis esculpido en esa piedra dura no se borrarán. De él podéis esperar las afecciones duraderas, los sacrificios, las grandes resoluciones y el heroísmo. Tratad con respeto á la vez que con firmeza, esa naturaleza fuertemente dotada que puede ser muy poderosa para el bien y temible para el mal. Tendréis que reprimir algunas veces los extravíos de ese carácter y seguramente deberéis hacerlo con decisión y energía; pero será necesario ante todo dirigirlo, sacando partido de lo que de otra manera sería un obstáculo. De todos modos, esa educación tendrá que ser la obra de un maestro.

En cuanto á la pusilanimidad, aunque más excusable, es más temible. La forma más común que reviste, es el miedo propiamente dicho, ese temor instintivo que embrolla en un instante todas las ideas. Con frecuencia, en el hombre formado, eso es sólo el extravío de un temperamento mal equilibrado, al que las impresiones más diversas pueden sacudir hasta el exceso, alternativamente; entonces es más bien una insuficiencia física, y la higiene

debe contribuir para llevar el remedio. Pero esto es verdad, sobre todo en los niños. No están todavía en la edad, en que la vida se desarrolla poderosamente y de manera que puedan combatirse ó dominarse las enfermedades congénitas; hasta en el sueño pueden creerse perseguidos por alucinaciones espantosas y hasta la obscuridad les ocasiona algunas veces ese desorden nervioso. Puede también ser el resultado de esos cuentos horriblemente sobrenaturales, de los que, con tanta torpeza, se hace un espantajo ó un medio de educación; y entonces, los padres y criados tienen una gran responsabilidad.

En todo caso, es preciso tener mucho cuidado para remediar este mal. Cuando se trata de temores imaginarios, se deben proporcionar al niño ocasiones frecuentes en que observe que sólo él es quien se preocupa; y lo observará mejor si no se le dice directamente. Sólo después de una sucesión bastante prolongada de ejemplos de ese género, se podrán ensayar algunas experiencias, prefiriendo siempre, que él mismo se convenza, pues creemos que ensayos violentos é impuestos, no tendrían buenos resultados.

Otra forma de la debilidad del carácter que puede manifestarse junto con la precedente, pero que no se observa á primera vista, es la falta de constancia, el desaliento en presencia de los pri-

meros obstáculos de cualquiera naturaleza que sean. Si no es efecto de ligereza ó vicio de temperamento, puede ser también consecuencia de una debilidad física. La languidez corporal disminuye inevitablemente la energía moral, y si algunas veces hay sobreexcitación artificial, esa sobreexcitación es más bien un indicio de debilidad que de otra cosa. Así, pues, muchas veces, algunos niños indolentes ó irresolutos dejarán de serlo, cuando un crecimiento muy rápido cese de agotar sus fuerzas físicas y de absorber su vitalidad. Sabed discernir esto, para no exigir lo imposible. Esta es una regla general, que no debe olvidar ningún jefe responsable, á cualquiera categoría que pertenezca, y cualquiera que sea la edad de sus subordinados.

Convendremos sin embargo en que este escollo no es el más común. Puede temerse mucho más el escollo opuesto, en el que caen los padres que, preocupados hasta el exceso por la salud de sus hijos, les prodigan cuidados exagerados, y temen á la vez, lo que pudiera comprometer su salud, y lo que contribuyera á fortificarla, como el ejercicio, un trabajo moderado, alimentos sanos, y menos temores á la intemperie de las estaciones. De hecho, según el pensamiento de Monseñor Dupanloup, puede suceder que un solo año de enfermedad ó de simple malestar comprometa

para mucho tiempo el carácter del niño, por los hábitos de molicie que le imprime.

Los padres deben, al ocuparse de sus hijos, no perder de vista que están expuestos á dirigirlos mal, por dos motivos. Primero, el sentimiento paternal ó materno ciega algunas veces respecto á los defectos de los niños; sobre todo... digámoslo con franqueza, si esos defectos son, como sucede casi siempre, una fiel reproducción. Además, ese amor paternal, que es tan legítimo y tan loable, puede degenerar en inconcebible debilidad y tolerar desórdenes, que sean más tarde la desgracia del niño.

Después de estas consideraciones, de las que algunas deben dominar todo lo que nos falta que decir, llegamos á los medios que la educación pública puede utilizar principalmente. Dicha educación comienza muy pronto en nosotros; los padres, por lo regular, se desprenden desde muy temprano de esa carga; no hablaremos pues, de ellos, sino muy incidentalmente, aun cuando casi siempre tengan que sacar partido de las observaciones que presentamos á sus reemplazantes. Entre los principales recursos de que dispone la educación para desarrollar la firmeza del carácter, contamos: la disciplina y el trabajo; la austeridad compatible con las circunstancias; la lucha contra las pasiones; la prueba del sufrimiento físico y moral, y el sentimiento religioso